







GUADALCAZAR

CUENTOS DE CAMINO

Los profesionales de la enseñanza, especialmente de la primaria, los oradores didácticos bien intencionados, cultivan el cuento como lección moral. El cuento entretiene y aviva las actividades del espíritu, predispone a las actividades del espíritu, predispone a las actividades del espíritu...

La profesora de la enseñanza, especialmente de la primaria, los oradores didácticos bien intencionados, cultivan el cuento como lección moral. El cuento entretiene y aviva las actividades del espíritu...

La profesora de la enseñanza, especialmente de la primaria, los oradores didácticos bien intencionados, cultivan el cuento como lección moral. El cuento entretiene y aviva las actividades del espíritu...

no y pasó por las calle de Almodóvar como si fuese un pastorcillo. Le tenían tan amenazado, que no se atrevió a gritar ni a entrar en las casas del pueblo. Temblante de miedo, sin saber si sería mejor llegar a Almodóvar o morir en el camino, me atreví a preguntar: —¿Y lo mataron? —No, hombre, si está vivo... ¡Si Currito es don Francisco Cárdenas! Eso ocurrió en Guadalcazar cuando éramos chicos. Los ladrones lo devolvieron después de obtener un guante por el rescate. Tío Toscano fué al estado de Eclija, buscó a Pacheco, y en seguida encontró al niño. Mi sensibilidad había llegado al límite de su apoteosis con los cuentos y la noche. Cante y risas de gentes jóvenes, algazara de mozas, ros advirtieron que estábamos en la huerta de «Rodriguillo». «Perinolas» entró a beber en la piscina de la fuente artesiana del camino como si fuera un animal salvaje. Yo me tiré al suelo, miré a Juan, extendí la vista hacia la cuneca de «Los Naranjales» que confronta con el histórico Castillo de Almodóvar, y exclamé con inmensa alegría: —¿Cuándo me tomará medida de otro traje el maestro León!

res... El cadáver del niño «reventao» atenzaba mi frente. ¡Un terrorismo auténtico! Con los rayos del nuevo día, llamé a Juan. Yo tenía que volver a Guadalcazar antes de que se abriera la escuela, tenía que ir a la escuela. Ni el domingo, ni la vespertina canicular, ni los primeros, ni el Castillo... Juan Garrido, percatado del daño de sus cuentos y de mi vigilia de aquella noche infernal; de mis lágrimas, que ya no había quien las contuviera, me abrazó diez veces; Rosita me besó inquieta; pero no había recursos para que me quedase. Antes de que acabara de salir el sol retornábamos a Guadalcazar. En treinta minutos se tragó «Perinolas» el camino, en el que yo no pronuncié palabra. Cuando el animal subió la empinada cuesta que da acceso a la villa, y llegó al pie de la «Torre Mocha», hizo una pausa y soltó dos chorros de humo por las faldas como si fuera una locomotora. Yo me tiré al suelo, miré a Juan, extendí la vista hacia la cuneca de «Los Naranjales» que confronta con el histórico Castillo de Almodóvar, y exclamé con inmensa alegría: —¿Cuándo me tomará medida de otro traje el maestro León!

CONGRESO MARIANO HISPANO-AMERICANO

Relación de socios inscritos en la Delegación diocesana de Sevilla

Protector presidente, eminentísimo y reverendísimo señor cardenal-arzobispo de Sevilla. Protectores egregios: Sus altezas reales el serenísimo señor infante don Carlos de Borbón y la serenísima señora infanta doña Luisa de Orleans. Honorarios egregios: Sus altezas reales el serenísimo señor príncipe don Carlos de Borbón y Orleans, la serenísima señora y Orleans, la serenísima señora princesa doña Mercedes de Borbón y Orleans y la serenísima señora princesa doña Esperanza de Borbón y Orleans. Socios protectores: excelentísimo señor don Luciano Rivas y Santia...

Peugeot. Vea los últimos modelos de estos elegantes automóviles expuestos en Auto-Ibérica, S. A. SIERPES, 86.

UN BAUTIZO. El sábado último se celebró en la iglesia de San Pedro el bautizo de un hijo de nuestro distinguido amigo don Félix Bogio y su esposa doña Amelia Ruiz que fué apadrinado por don Luis Ruiz, querido amigo nuestro, y su distinguido amigo don Encarnación Abalos Jiménez. Después de la ceremonia religiosa, los numerosos invitados se trasladaron al domicilio de los padres del nuevo cristiano, donde se organizó una agradable fiesta en la que hubo derroche de alegría y de vinos, dulces y habanos. Se bailó a todo trapo por un verdadero plantel de muchachas preciosas y con el baile alternó el canto flamenco, que corrió a cargo de Nieves Molina, cuya linda voz corre pareja con su excelente estilo, y de Julio, una tontería de «cantao» que deleitó a la concurrencia, de la que escuchó tantos aplausos como elogios. La fiesta terminó ya de madrugada, saliendo todos los concurrentes a la misma reconocidísima de las atenciones que les dispensaron tanto los padres como los padrinos.

Este número de EL LIBERAL consta de 8 páginas

Lo que no se podría decir en prosa lisa y seca, por muy discreto que fuese, lo dice el cuento, máxime si se le envuelve en símbolos y alegorías que describan costumbres, países, tradiciones... A los niños habituados a oír el cuento como lección, como suceso histórico, se les abre la boca, se les desatan los ojos, se les fortifica el espíritu cuando el maestro se dispone a hablar. En pedagogía el cuento es un riquísimo tesoro. Los muchachos aprenden las cosas más difíciles por el cuento: la historia, la geografía, la fisiología, las matemáticas. Pero el baluarte máximo del cuento es la moral, la espiritualidad del niño, cuya inocencia nadie tiene derecho a perturbar. Jamás en un cuento deben entrar monstruos fantásticos, riquezas fabulosas, crímenes terribles que deformen el patrimonio moral. El cuento bellamente expresado y concebido será siempre sencillo, narración verdadera, perfectamente histórico y ameno. Nada más hermoso que la verdad para el niño, ni nada más desconocedor ni que más estrago haga en su formación moral que el cuento de intriga y mentiras. La fortaleza de la voluntad debe basarse en cuentos ciclópeos desde la infancia. ¡Hay algo más peligroso que perturbar el equilibrio de la imaginación en esa edad! Yo no quiero acordarme del terror, ¡del espanto! que pasó una noche en Almodóvar del Río, a los once años, por causa de un malhadado cuento, «cuentos de camino» que tengo sellados en mi cerebro a forja de golpe de mazo. En la obscuridad de aquella noche vi todos los fantasmas de enterrados y vestidos que el más exaltado soñador pudo imaginar. Atravesábamos «la primera» quinceana del mes de Agosto de 1885. Se decía que el cólera había hecho su aparición en Andalucía y las gentes, salvaguardando la salubridad pública, formaban «cordones sanitarios» alrededor de los pueblos, impidiendo que los vecinos de unos pasasen a los otros. Allí estaba Almodóvar, «cordonedo». «El cordón» no debía pasar a nadie so pena de reportar penosas fumigaciones con gases molestísimos que provocaban

naúseas, vómitos; se prodigaba el lavatorio de intestinos y otras enormidades. Toda esta tramoya, intercalando algunas víctimas (había creventao) un niño a consecuencia de los enemas de desinfección) me lo contaba a mí en Guadalcazar mi primo Juan Garrido Reyes, que había venido de Almodóvar a dirigir una obra de albañilería en casa de otros parientes. Juan iba los sábados por la tarde a Almodóvar, y regresaba los lunes por la mañana. Casi siempre se escapaba de las fumigaciones. ¡Motivos de paisanaje! —Te llevaré a Almodóvar— me decía—para que conozcas a los primos. No habrá que decir cómo recibí a yo la galantería del ofrecimiento de Juan. Los «cucos» de Almodóvar tuvieron siempre la simpatía de los «cernicalos» de Guadalcazar. Ambos pueblos se llevaban siempre muy bien. Además, mi abuela paterna era de Almodóvar, y entre visitar a los Luna y los Campanero, parientes de mi padre, y a los Garrido Reyes, sobrinos de mi madre, subir al histórico castillo, etc., etc., había, no digo para un domingo, sino para una semana. Lo grave eran las fumigaciones, los enemas. Juan decía: A ver si pasa esto. La zambonería de Juan le hacía un tanto travieso, dicho sea en el buen sentido de la palabra. Cultivaba la hiperbole con admirable donosura, y aunque no hombre de letras, debió haber leído a Espronceda en las noches de invierno al calor de la chimenea campesina. La gesta de su romanticismo era siempre ingeniosa, picaresca. Sobrino muy querido de mi madre, visitaba diariamente la casa, y como se aproximaban los días de la Patrona, ni madre, que desconocía las bromas del sobrino, le dijo una tarde: —Juan, mañana, por la tarde, te llevas al niño para que el maestro León (el sastrero de Almodóvar) le haga un trajeito para los días de la Virgen de la Caridad. Juan me miró, se mordió los labios y cuando estuvimos solos, se le escapó: «¡Imposible que nos libremos. Los del cordón no transigrán!» Nunca mejor aplicado lo de «estar entre dos fuegos». ¡Cómo dejaba yo de ir a Almodóvar! ¿Cómo iba? Al día siguiente, el primo aguzó sus ironías, ocultándolas de mi madre. Quedó en casa que saldríamos a las cuatro. Ni a las cuatro ni a las cinco ni a las seis había quien me encontrara en todo Guadalcazar. A las siete aparecí, sospechando que Juan Garrido se habría ido ya. Mi madre, enterada de las chanzas de su sobrino, le reprochó sus bromas, y entre riñas y halagos, asegurándome todos que «lo del cordón» era «cosa» de Juan y que el traje me estaría muy bonito, de malísima gana y peor talante transigí yo en subir sobre «Perinolas» con Juan Garrido a la grupa. «Perinolas» era el caballo más noble y más dispuesto de cuantos soportó jinete. Su anatomía fuerte le

daba resistencia y agilidad incomparables y el camino entre Guadalcazar y Almodóvar lo salvaba en cuarenta minutos. Antes de oscurecer estábamos en la barca. «Perinolas» conocía todos los recovecos del contorno de Guadalcazar, y cuando bajamos a la vereda del «Cortijo del Coto», el animal echó su portante gataedo como diciendo: «¡Ya estamos en Almodóvar». Las primeras palabras de Juan fueron: —¿Nos escaparemos? Por si acaso, hay que estar preparados. Ya sabes que un niño ha «reventao» de tanto caldo como le pusieron en los enemas (lavativas decía él). Cuando pasamos la barca te aflojas las pretinas y el cinturón. «Perinolas» avanzaba rápido, y yo, disimuladamente, le contaba de las bromas, pensando como último recurso que podríamos volvernos si llegáramos tarde a la barca. Desembocamos al arroyo de «La Marota» antes de tres minutos. En aquella época (hace más de cuarenta y tres años) había en el camino un pozo seco, con su brocal correspondiente. Al divisarlo, Juan, exclamó: «¡La Encantada!... mirarla... pum... abajo... se tiró...! La tradición nos refería a los muchachos en Guadalcazar que en el pozo del «Cortijo del Coto» había una «Encantada»; quería decir una mujer encantada. La encantada vivía en el pozo. Cuando salía, su poder mágico le hacía dar saltos y piletas por el aire, tocar las castañuelas, desaparecer y aparecer también en el pozo del camino. Los dos pozos eran su domicilio. Vestía riquísima falda de seda y tocaba su cabeza con espléndida corona de flores. Juan sintióse el propio don Félix de Montemayor, enamorado y valiente, galán y calavera. Me dijo que él era capaz de asomarse al brocal del pozo donde se acababa de tirar «La Encantada» y a las doce de la noche pelar la pava con ella. No habrá que decir que yo, con un miedo horrible, también vi a «La Encantada»; es decir, no la vi, pero a mi imaginación pareció verla. Al confrontar con el pozo, mis piernas aprisionaron las costillas de «Perinolas», que pasó como un águila. Juan hizo gala de su inventiva refiriéndome cosas de «La Encantada». El sol se había hundido en su ocaso y los últimos refuldores se dibujaban en las montañas de la sierra y en el castillo de Almodóvar. Las sombras de los árboles cerraban el día, y en una estrechura, frente a los olivares de Villaseca, Juan, apurando las heces de sus cuentos y de sus diabluras, dijo: —Por aquí pasaron los ladrones que secuestraron a Currito. ¡Lo que sufriría el pobrecillo! En la barca nadie se apercebía que iba secuestrado. Lo vistieron con unas ropas viejas y unos zahones de pa-

ño y pasó por las calle de Almodóvar como si fuese un pastorcillo. Le tenían tan amenazado, que no se atrevió a gritar ni a entrar en las casas del pueblo. Temblante de miedo, sin saber si sería mejor llegar a Almodóvar o morir en el camino, me atreví a preguntar: —¿Y lo mataron? —No, hombre, si está vivo... ¡Si Currito es don Francisco Cárdenas! Eso ocurrió en Guadalcazar cuando éramos chicos. Los ladrones lo devolvieron después de obtener un guante por el rescate. Tío Toscano fué al estado de Eclija, buscó a Pacheco, y en seguida encontró al niño. Mi sensibilidad había llegado al límite de su apoteosis con los cuentos y la noche. Cante y risas de gentes jóvenes, algazara de mozas, ros advirtieron que estábamos en la huerta de «Rodriguillo». «Perinolas» entró a beber en la piscina de la fuente artesiana del camino como si fuera un animal salvaje. Yo me tiré al suelo, miré a Juan, extendí la vista hacia la cuneca de «Los Naranjales» que confronta con el histórico Castillo de Almodóvar, y exclamé con inmensa alegría: —¿Cuándo me tomará medida de otro traje el maestro León!

EL NEGOCIADO DE PUBLICIDAD DE LA EXPOSICIÓN IBERO AMERICANA (RUDOLF MOSSE IBÉRICA S. A.) OFRECE A LOS SRES. ANUNCIANTES LOS EXTENSOS TERRENOS QUE CONSTITUYEN SU EXCLUSIVA, REPRESENTADOS POR LA PARTE RAYADA EN EL PRESENTE PLANO. STADIUM. LA TÉCNICA PUBLICITARIA ACONSEJA COLOCAR ANUNCIOS ÚNICAMENTE DONDE LA ABUNDANCIA DE ESPACIO PERMITA SU PERFECTA VISUALIDAD.







